

Testimonios Especiales Series B. No: 2 (1904)

Pocos pueden discernir el resultado de acariciar los sofismas defendidos por algunos en este tiempo; pero el Señor levantó la cortina y me mostró las consecuencias que vendrían. Las teorías espiritistas sobre la personalidad de Dios, seguidas hasta su conclusión lógica, barren todo la cristiandad. Ellos consideran como nada la luz de Cristo quien vino del cielo, y se la entregó a Juan para darla a Su pueblo.

Enseñan que las escenas que tenemos ante nosotros no son de importancia suficiente para que se les preste atención especial. Le quitan todo efecto a la verdad de origen celestial, y roban al pueblo de Dios su experiencia pasada, dándoles en cambio una ciencia falsa.

En una visión de la noche se me mostró claramente que estos sentimientos han sido considerados por algunos como las grandes verdades que han de ser introducidas y destacadas en la actualidad.

Se me mostró una plataforma, apoyada por maderas sólidas, las verdades de la Palabra de Dios. Alguien con un alto cargo de responsabilidad en el trabajo médico, J H Kellogg, estaba dirigiendo la obra de aflojar las maderas que apoyaban esta plataforma.

Entonces oí una voz que decía: "¿Dónde están los guardias que deberían estar de pie en los muros de Sión? ¿Están durmiendo? Esta fundación fue construida por el Maestro, y soportará la tormenta y la tempestad.

¿Permitirán que este hombre presente doctrinas que niegan la experiencia pasada del pueblo de Dios? Ha llegado el momento de tomar medidas decididas".

El enemigo de las almas ha intentado traer la suposición de que una gran reforma iba a tener lugar entre los adventistas del séptimo día, y que esta reforma consistiría en abandonar las doctrinas que son los pilares de nuestra fe y participar en un proceso de reorganización.

Si esta reforma tuviera lugar, ¿Cuál sería el resultado?

- Los principios de la verdad que Dios en Su sabiduría ha dado a la iglesia remanente, serían descartados.

-Nuestra religión sería cambiada.

-Los principios fundamentales que han sostenido el trabajo durante los últimos cincuenta años se considerarían como error.

-Se establecería una nueva organización.

-Se escribirían libros de un nuevo orden.

-Se introduciría un sistema de filosofía intelectual.

-Los fundadores de este sistema irían a las ciudades, y harían un trabajo maravilloso.

-El Sábado, por supuesto, sería considerado superficialmente, como también el Dios que lo creó.

-Los líderes enseñarían que la virtud es mejor que el vicio, pero una vez que Dios es puesto a un lado, pondrían su dependencia en el poder humano, que sin Dios carece de valor.

Su fundamento se construiría sobre la arena, y la tormenta y la tempestad barrerían la estructura.

¿Quién tiene autoridad para comenzar tal movimiento? Tenemos nuestras Biblias. Tenemos nuestra experiencia, atestiguada por la operación milagrosa del Espíritu Santo. Tenemos una verdad que no admite compromisos. ¿No debemos repudiar todo lo que no está en armonía con esta verdad?

Vacilé y demoré sobre el envío de lo que el Espíritu del Señor me impulsó a escribir. No quería ser obligada a presentar la influencia engañosa de estos sofismas. Pero en la providencia de Dios, los errores que han estado entrando deben ser descubiertos.

Poco antes de que yo enviara los testimonios sobre los esfuerzos del enemigo para socavar el fundamento de nuestra fe a través de la difusión de teorías seductoras, había leído un incidente acerca de un barco en una niebla que se iba a estrellar con un iceberg. Durante varias noches dormí poco. Me sentía doblegada como un carro bajo el peso de las gavillas.

Una noche una escena se presentó claramente ante mí. Un barco estaba sobre las aguas, en una niebla espesa. De repente, el vigilante gritó: "¡Iceberg justo por delante!" Allí, alto sobre la nave, había un iceberg gigantesco.

Una voz autoritaria gritó: "¡Enfréntalo!" No hubo un momento de vacilación. Fue un tiempo de acción inmediata. El ingeniero se puso a todo vapor, y el hombre al volante dirigió el barco directamente hacia el iceberg. Con un choque golpeó el hielo.

Se produjo un espantoso choque, y el iceberg se rompió en muchos pedazos, cayendo con un ruido como un trueno en la cubierta. Los pasajeros fueron violentamente sacudidos por la fuerza de la colisión, pero ninguna vida se perdió. El buque resultó herido, pero no más allá de la reparación. Se recuperó del contacto, temblando de proa a popa, como una criatura viviente, luego continuó avanzando en su camino.

Yo sabía el significado de esta representación. Tenía mis órdenes. Había oído las palabras, como una voz de nuestro capitán, "¡Enfréntalo!" sabía cuál era mi deber, y que no había ni un momento para perder. Había llegado el momento de una acción decidida. Debo obedecer sin demora la orden, "¡Enfréntalo!"

Esa noche me levanté a la una y escribí tan rápido como mi mano pudo pasar sobre el papel. Durante los siguientes días trabajé mañana y tarde, preparando para nuestro pueblo la instrucción que me dieron con respecto a los errores que se avecinaban entre nosotros. Esperaba que hubiera una reforma profunda, y que los principios por los que luchamos en los primeros días, que fueron sacados por el poder del Espíritu Santo, se mantuvieran. Muchos en nuestro pueblo no se dan cuenta de la firmeza con que se ha establecido el fundamento de nuestra fe. Mi esposo, el anciano Joseph Bates, el padre Pierce, el anciano Edson, y otros que eran entusiastas, nobles y verdaderos, estaban entre aquellos que, después de pasar el tiempo en 1844, buscaban la verdad como tesoro escondido.

Me reuní con ellos, estudiamos y oramos sinceramente. A menudo nos quedamos juntos hasta altas horas de la noche, y a veces durante toda la noche, orando por la luz y estudiando la palabra. Una y otra vez estos hermanos se reunieron para estudiar la Biblia, a fin de que pudieran conocer su significado, y estar preparados para enseñarla con poder.

Cuando llegamos al punto en el estudio donde decíamos: "No podemos hacer nada más", el Espíritu del Señor venía sobre mí, yo era llevada en visión, y una clara explicación de los pasajes que habíamos estado estudiando me eran revelados, con instrucciones claras de cómo debíamos trabajar y enseñar efectivamente.

Así fue dada la luz que nos ayudó a entender las Escrituras con respecto a Cristo, Su misión y su sacerdocio. Una línea de verdad que se extiende desde ese tiempo hasta el momento en que vamos a entrar en la ciudad de Dios, se hizo evidente para mí, y di a otros las instrucciones que el Señor me había dado.